

La importancia del espacio y su expresión. Taller de expresión en centro de menores

Artículo en forma de relato

Quiero comenzar este relato –pues es más relato que disertación–, con lo que me aportó a mí mismo como formador esta experiencia, aún a pesar de parecer egoísta. Y es que creo que todo proceso de formación debe repercutir no sólo en los alumnos sino también, y de manera igualmente intensa, en quien lo imparte. De hecho, cada vez estoy más convencido de que un buen rasero con el que medir una actividad formativa es la repercusión que tiene en el propio docente. Si quien imparte no recibe, o no imparte correctamente, o lo que imparte no llega suficientemente a quien lo tiene que recibir.

En fin, lo que realmente aprendí en los años en que desarrollé este taller en el Centro de Menores San Rafael (actualmente extinto) fue, fundamentalmente, algo que intuía: todo ser humano es capaz de expresarse por cualquier medio. Basta conocer las herramientas, practicar los ejercicios adecuados y dar y conseguir la suficiente confianza en sí mismo y en el grupo.

Pero centrándome más aún en la actividad que relataré en detalle de *La Transformación del Espacio*, a partir de entonces fui realmente consciente de la importancia esencial que el Espacio y el Grupo tienen en el ámbito de la Expresión.

Desde aquel momento no hay actividad en la que no considere el grupo con el que voy a trabajar y, muy especialmente, el espacio donde vamos a hacerlo, bien como punto de partida para el trabajo o como referente a la hora de plantear actividades o ejercicios.

Haciendo un pequeño paréntesis, estaríamos como siempre ante la discusión de qué hacer cuando has de trabajar con un grupo que no conoces, en un espacio nuevo, y tienes 2 horas y media para desarrollar toda la actividad. Por supuesto, si es posible, conviene estar en el lugar de trabajo media hora antes que el grupo, para sentirlo y hacerlo sentir familiar, crear una dinámica de grupo inicial que haga romper todos los hielos en el menor tiempo posible y ser capaz de improvisar lo suficientemente bien para que, adaptando la propuesta a cualquier grupo en cualquier espacio, la actividad siga siendo la misma.

Parecerá que no quiero enfrentarme a relatar el taller por lo que me extiendo en prolegómenos, pero me gustaría dejar tantas cosas claras antes de contarlo, que quizás necesitaría un artículo que precediera a éste, y otro al anterior...



Pero, en fin, déjenme que les cuente.

Taller de expresión en el Centro de Acogida de Menores de Ciudad Real

El Colegio San Rafael fue, hasta hace tres años, el Centro de Acogida de Menores de Ciudad Real. En realidad lo era de toda Castilla-La Mancha, al menos de estas características. La más elocuente y sospechosa al mismo tiempo era que aunaba en un mismo espacio las características de Reforma y Protección de Menores. Para quien no conozca este área digamos que, hablando llanamente, coincidían en el Centro chicos de 11 a 18, e incluso a 20 años, con graves problemas familiares, afectivos y/o económicos, que eran recogidos por la Junta de Comunidades gracias a los informes de los Servicios Sociales (Protección); con chicos que eran ingresados por el Juez de Menores por delitos, en algunos casos nada "menores" (Reforma). Incluso se acogieron menores provenientes de Centros de Disminuidos Psíquicos clausurados, o menores inmigrantes ilegales en tránsito.

En este maremágnum de posibilidades no existía personal especializado, pues el personal educativo del centro se reducía a Educadores, sin más especialización, que realizaban labores de ordenanza, celador, psicólogo, ATS, Auxiliar de Puericultura y, de vez en cuando, Educador. Entre ellos estaba quien firma este artículo.

Cada tarde reservábamos dos horas para desarrollar distintos talleres creativos y educativos que iban desde clases de apoyo a los chicos escolarizados, hasta fotografía, deporte, radio, expresión global... entre otros. Me hacía cargo de este último junto a Cristina Ruiz, no sólo mi amiga y esposa sino culpable del actual PROYECTO ÑAQUE.

Tras varios talleres decidimos comenzar el trabajo de todo un curso por el Espacio. Se trataba de sacarle jugo a este elemento que llegamos a considerar esencial pues era el único absolutamente ineludible para la expresión. Se podía expresar con mínimos o nulos recursos gráficos, con mínimos o nulos recursos sonoros, con mínimos o nulos recursos corporales, personales... pero el espacio siempre estaba ahí.

Claro que, previo al inicio del taller, había que conocer al grupo. Los alumnos no tenían apenas secretos para nosotros porque la mayoría llevaban años en el centro. Sin embargo dos cuestiones hacían que el trabajo tuviera dificultades antes de empezar.

La primera era que debíamos contar con aquellos alumnos “desahuciados” para otras labores con mayor ‘importancia’ o ‘prioridad’. Es decir, nada de alumnos escolarizados o en busca de una formación especializada. Esos necesitaban otras actividades como apoyo escolar, deporte... La Expresión se reservaba para aquéllos a los que nada les había atraído lo suficiente y se encontraban en auténticas encrucijadas. Con más edad de la cuenta, con futuro incierto, o con una capacidad intelectual prejuizada como ‘imposible de aprovechar’. Lo que algún no tan educador, con un sentido del humor un tanto rebuscado, denominaba ‘morralla’.

La segunda dificultad, consecuencia de la anterior, era la inestabilidad del grupo. Inicialmente seis, varió de número y componentes de tal forma que sólo tres se mantuvieron ‘fieles’ durante todo el curso escolar. Pasaban por el taller chicos en tránsito, que acudían a dos sesiones de trabajo y dejaban el centro, alumnos con auténticos problemas judiciales que estaban más tiempo fugados que dentro del centro y, en definitiva, quienes parecía que no podrían aprovechar ningún contenido o forma educativa se dejaban en las manos del trabajo expresivo, ‘por si servía de algo’.

Con este alentador panorama necesitábamos propuestas vivas, nada cerradas, muy atractivas, momentáneas y, como siempre nos ha gustado a Cristina y a mí, efímeras. Tan efímeras como el paso por el centro de algunos menores o como es el propio acto de expresar.

Nos pusimos manos a la obra. Lo primero fue descubrir, conocer cada espacio que encontrábamos. El centro era lo suficientemente amplio, abierto y complejo como para encontrar espacios de todas formas, tamaños, colores, usos... Lo más curioso fue que, en esta primera fase de descubrimiento, los espacios más habituales para los chicos les sorprendían día a día. No se trataba de ‘rebuscar’ sino de aceptar los espacios tal y como eran, sin la mediación del uso para el que estaban pensados. Sirvan dos ejemplos: el campo polideportivo nos enseñó lo divertido que puede ser seguir las líneas de distintos grosores y colores que definen los terrenos de juego del tenis, el balonmano, el voley... En ese momento sólo eran líneas para todos nosotros y, plásticamente, daban mucho juego. En el otro extremo, un habitáculo como la sala de contadores, aparentemente frío, nada acogedor y hasta claustrofóbico, se nos presentó como un lugar ideal para escapar del ruido cotidiano y de los espacios, a menudo aparentemente grandes pero siempre vallados. Los contadores con sus luces, fusibles, clics y zumbidos, hacían de nana a un consciente colectivo más que alterado por la ya difícil situación que supone ser menor y más aún, vivir en un centro de acogida.



Elegimos entonces espacios por puro gusto personal. Cada alumno eligió a varios y coincidieron en más de uno, lo que dio pie a interesantes discusiones brutalmente distantes de las habituales conversaciones que se oían en el centro. Lástima fue no grabar discusiones auténticamente sentidas de por qué me atraía más la pista de mini-basket que la sala de televisión y cómo los recovecos del comedor me resultaban más interesantes que la aburrida y rectangular pista de balonmano.

El siguiente paso era observar, investigar. Ya no era sólo lo que el espacio me aportaba sino qué era capaz de “sonsacarle”. Y vaya si el grupo fue capaz. Se llegaron a observar detalles que fueron de utilidad para el propio centro como elementos rotos o estropeados, o detalles que hacían más o menos acogedor o práctico un espacio. Quizás fue la fase más fría, pero les hizo tomar más responsabilidad en el proyecto común que era nuestro Taller de Expresión. También fue la fase en que nos dimos cuenta de lo práctico de concretar las propuestas al máximo, pues alumnos que no habían asistido a alguna sesión podían ponerse al día rápidamente, bien por lo que le contaban los compañeros, bien porque podían realizar el proceso desde el inicio hasta la fase en que nos encontráramos en muy breve tiempo con unas mínimas pautas.

La investigación y observación se centró en aquellos espacios que habían sido seleccionados por el grupo en un trabajado pero maravilloso consenso. Gimnasio (o el espacio que hacía las veces de), Comedor, Sala de Contadores y el propio grupo, estuviese donde estuviese, se llevaron los galardones. Se palparon, se midieron no sólo con metro, se olieron, se escucharon... se aprendieron para la siguiente fase.

En este tercer paso, debíamos identificar y reconocer los espacios. Cada alumno era capaz de describirlo, de andar en ellos con los ojos cerrados (con más o menos soltura), de reordenarlo si se descolocaba o de descolocarlo para decir algo a través del propio caos.

Fue muy interesante apreciar cómo eran capaces no sólo de albergar ese conocimiento, sino de transmitirlo. Parecían auténticos educadores cuando se trataba de poner al día a algún alumno recién llegado o a alguien que se había perdido unas cuantas sesiones.

Juegos, ejercicios, alguna técnica de drama, teatro, dinámica de grupos... bastaron para hacer del Espacio y el Grupo un contenido suficientemente atractivo.

Sin embargo, la fase que más atrajo a los alumnos y que fue la base de posteriores trabajos fue la de utilizar, desarrollar. Se trataba de tomar el

espacio elegido como un elemento más de expresión, como lo eran las pinturas, las canciones, los gestos, el lenguaje cotidiano, y utilizarlo para expresar... para contar cosas. Siempre recordaré las palabras de uno de mis primeros profesores en todo este mundillo, el inglés-jamaicano Richard Finch, que en un momento de esos en que no se esperan grandes arengas ni citas registrables se le escapó una frase sencilla y contundente: “El Teatro es contar historias”.

Y con esa idea nos pusimos a trabajar en el uso, el desarrollo y la transformación de los espacios. Queríamos contar historias ya no sólo en los espacios sino con los espacios. El espacio era el personaje de la historia. No era una sala de contadores; era un confesionario, o un submarino. No era un Gimnasio; era el Universo, o un campo de batalla. Sin embargo, la gran historia, el personaje principal de nuestro taller fue el Comedor.

Queríamos que nos contara su historia. Eran muchas horas al día, todos juntos en el mismo espacio, como para que no supiera muchas cosas de todos y fuera capaz de contar sus propias historias. Y nos pusimos manos a la obra.

Se acercaba una cena de celebración en el centro, con lo que el Comedor iba a ser de nuevo el personaje principal de la historia del centro. Pero aún más importante era que acudirían a la cena personas de las que se supone tienen relación con el centro pero a las que sólo se las ve en las celebraciones. Ya se sabe, políticos, personal especializado... Más aún, se invitó a antiguos alumnos a disfrutar de la cena y el menú era algo especial.

En principio resultaba fácil contar esta historia. Conocíamos, teníamos estudiado, casi dominábamos el espacio, pero queríamos sacarle más partido y decidimos transformarlo completamente.

Ver el espacio de otra manera, apreciar mensajes no habituales, utilizarlo para otras cosas

A lo largo del Taller habíamos aprendido y practicado el ver el espacio de otra manera, apreciar mensajes no habituales, utilizarlo para otras cosas. Ahora queríamos que todo el que acudiera a la cena pudiera sentir y apreciar lo mismo. Ofertarles un taller completo era algo largo e inútil. Por eso decidimos darles el espacio transformado.

En una primera sesión cada uno dio su opinión y su idea de aquello en lo que queríamos convertir nuestro comedor. No hubo mucho problema pues conseguimos dar cabida a todas las ideas en una común. Alguien propuso una cueva, alguien más quería nieve (que aquí en la Mancha es un bien más que escaso), hubo quien apostó por un corral y quien quería tapar los fluorescentes.



Para que los lectores se hagan una pequeña idea, diré que el comedor era un espacio tremendamente irregular, en forma de “T” con apóstrofe, donde los 72 chicos y 5 educadores comíamos en dos turnos para estar suficientemente amplios pero que en celebraciones como estas debía albergar a casi cien personas apretujadas.

Durante todo un día Cristina y yo hicimos el turno que correspondía y el de los demás, para no inutilizar el comedor durante toda una semana ni romper el encanto de la sorpresa.

La noche antes, después de cenar, colocamos una serie de cuerdas y enganches cruzando todo el comedor de pared a pared, y recopilamos todo el material necesario. Papel continuo blanco y marrón, unas redes de tenis y de voleibol, paja, hojas secas y leña, spray de copos de nieve y sprays de colores.

Por la mañana elaboramos una cueva en la entrada de tal manera que, para acceder a la parte donde se dispondrían las mesas, había que atravesarla absolutamente a oscuras. Durante el día estuvimos prefabricando elementos que íbamos a utilizar en la decoración, como estalactitas de papel continuo, placas de ‘pared-roca’ con papel arrugado y decorado con spray... En la comida los dos turnos ya tuvieron que entrar atravesando la cueva, aunque aún no estaba totalmente cegada, y se veía dentro.

En cuanto el último alumno dejó el comedor tras el postre, empezamos a trabajar y no acabamos hasta cinco intensas horas después. El rincón último representaba la cuadra que quiso uno, con paja, troncos, hojas y una luz cálida al sustituir los fluorescentes de la zona por un par de luces ámbar. La zona principal se había convertido en un paisaje helado: un mito o un sueño en esta árida tierra de La Mancha. Un techo y paredes completamente blancas y “rocosas”. Estalactitas colgando del techo. Una luz totalmente blanca, fría, pero difusa al atravesar los fluorescentes el papel continuo y las redes. Un suelo cubierto de nieve (poliespán y spray) y unas mesas cubiertas por primera vez con manteles totalmente blancos (los manteles, cuando se usaban, eran marrones).

Para llegar aquí los comensales tenían que atravesar una cueva absolutamente a oscuras, en marrón ‘rocoso’, con mínima iluminación de linterna cerca de la salida, y una sorpresa de cascada de nieve al asomar por el otro extremo que hasta los más pequeños tenían que agacharse.

El comedor nos estaba contando lo que había querido ser de pequeño y no le dejaron. Lo que siempre quiso sentir y no pudo. Pero, sobre todo, nos estaba mostrando que era él quien invitaba a cenar. Por primera vez el

comedor nos estaba utilizando para crear sensaciones no habituales. Las risas de los más pequeños se mezclaban con el oh!!! de los sorprendidos, los comentarios ácidos de los críticos señalando donde se veían las cuerdas y algunas caras de auténtico respeto, no ya por el trabajo que habían realizado un grupo de chicos de la “morralla”, sino porque el comedor había cobrado auténtico protagonismo y al anfitrión siempre hay que tratarle con respeto y agradecer su esfuerzo por agradar.

Como elemento de evaluación-resumen simplemente añadir que, desde aquel año, todas las cenas de Navidad solicitaron de la participación del Taller de Expresión para que, según algunos, “colocara el comedor”. Nosotros preferíamos llamarlo Transformar el Espacio.

Cada año hubo alumnos distintos, situaciones distintas, problemas y alegrías distintos. Cada año se convirtió en cosas distintas. Y el comedor nos contó sus historias.

El año que Alí, marroquí, llegó al colegio para un breve internamiento que duró dos años, el comedor se vistió de haima árabe y comimos cous-cous. Colchas colgando en forma de tienda. Tablas a 25 cm. del suelo, y todo el mundo comiendo con los dedos el pollo en salsa de curry y el cous-cous que nos supo a gloria.

Cuando durante el curso nos invadió una cierta ‘nostalgia’ de valorar y disfrutar de lo nuestro, el comedor mostró sus molinos y sus gigantes. Dentro de cada molino de casi tres metros de alto una luz hacia el exterior recortaba la silueta del hidalgo y de su escudero que llenaron la cena, junto al pisto, al asadillo, las berenjenas o las migas, de un sabor a locura quijotesca y sensatez sancha.

Cómo el taller. Cómo la idea de transformar el espacio. Cómo trabajar con chicos de la “morralla”. Cómo aprender con ellos y de ellos lo que puede dar a los demás, cualquier persona. Simplemente ayudándoles a expresarse, a sacar todo lo que tienen dentro, de la forma que elijan.

Aún hoy, cada día que abro la puerta de mi casa, cada hora que entro en mi aula de inglés, cada vez que paso al despacho, con cada grupo, en cada taller, en cada salón, cada teatro, cada casa de cultura de cada ciudad que visito... me paro, espero, miro, escucho, toco, huelo, siento lo que me tiene que decir el espacio en el que entro. Lo nuevo, lo rancio, lo bueno, lo no tan bueno, lo sorprendente... y una vez que oigo lo que me tiene que decir, respondo y me expreso.

Fernando Bercebal Guerrero

Responsable de la actividad formativa de PROYECTO ÑAQUE

**Ayudándoles
a expresarse,
a sacar todo
lo que tienen
dentro, de la
forma que
elijan**



La importancia del espacio y su expresión. Taller de expresión en centro de menores

La importancia del espacio y su expresión. Taller de expresión en centro de menores

Experiencia que relata el trabajo de un Taller de Expresión en un Centro de Acogida de Menores. Concretamente, el trabajo desarrollado en torno a la idea del Grupo y el Espacio como elementos básicos en la expresión y no sólo como variables a tener en cuenta, sino como contenidos y medios de expresión tan importantes como el lenguaje, el cuerpo, la plástica...

The importance of space and its expression. Workshop on expression at minors centres

Experience relating the work carried out in an Expression Workshop at a Care Centre for Minors. Particularly, the work carried out on the idea of Group and Space as the basic elements for expression and not only as factors to be considered, but as contents and means of expression as much important as language, body, plastic art...

Autor: Fernando Bercebal Guerrero

Artículo: La importancia del espacio y su expresión. Taller de expresión en centro de menores

Referencia: Educación Social núm. 13 pp. 90 - 97

Dirección profesional: Proyecto Ñaque

Becea, 1
13002 Ciudad Real
Tel./Fax: 926 21 67 14